

DISCURSO DE CLAUSURA DE LA XIV REUNION

GABRIEL DE ARMAS Y NUESTRA TAREA COMO AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

POR

JOSÉ ANTONIO G. DE CORTÁZAR Y SAGARMÍNAGA.

Hoy me toca a mí, porque Gabriel de Armas ha fallecido. Los que le conocieron comprenderán el lastimoso papel que voy a hacer ante el recuerdo de aquella fulgurante figura, ante aquella extraordinaria luz de verdad, ante aquel manantial inagotable, ante aquel rayo que no se apagaba, ante aquel ejemplar cristiano y polemista a lo divino, que fue nuestro entrañable amigo. Sus discursos de clausura en las "Reuniones de los amigos de la Ciudad Católica" precedentes, fueron siempre un verso incomparable, un latido uniforme, una vitalidad esencial, un optimismo desbordante, una simpatía acometedora, una canción que no puede apagar sus ecos porque sus palabras eran verdad y vida, pensamiento y acción, lección y mensaje de un contenido único. Gabriel de Armas ha muerto del corazón, de ese corazón adelantado que le llevaba, en aras de su fe, siempre más lejos, siempre en busca de inéditos horizontes, en la defensa de las únicas cosas por las que se merece la pena de vivir y morir: la Religión y la Patria.

Del corazón tenía que morir. Su figura humana, como un nuevo caballero de la mano al pecho, llena de hidalguía y grandeza ... y de humildad (¡oh la difícil humildad del intelectual!) colmada de saberes, estaba rica en empresas, densa en pensamiento y sobre todo en insobornable militancia de la única verdad. Sí, esa verdad que hoy no se ha querido siquiera ensayar; esa verdad radical del pen-

samiento y de la acción, dentro del derecho público cristiano, del derecho natural y divino a la vez, que el mundo no quiere plantearse ni lo ha intentado para el remedio de todos los males (laicismo, naturalismo, materialismo, totalitarismo) que constituyen el cáncer de la sociedad moderna.

Escritor de primera avanzada, apologista independiente, era como un Alvaro Cordobés del siglo XX, ese seglar que supo enfrentarse con moros, judíos y cristianos aunque estos últimos estuvieran cubiertos con las dignidades humanas de la Iglesia, pero no con las divinas que consagran la inconsútil trama del Cuerpo Místico de Cristo. Era un hombre de radical postura —claro, clásico— que fue monumento de sí mismo.

¿Qué vamos a decir nosotros que durante trece Reuniones de los amigos de la Ciudad Católica escuchamos su palabra incomparable, su poesía viva, su espíritu adelantado, su acendrado optimismo, su sonrisa amistosa, su gesto señorial, su elegante postura humana? Veinte ensayos y artículos ha publicado en nuestro entrañable "Verbo", saturados de espíritu y belleza, de poesía y verdad, de afirmación y de galana valentía. Era algo esencial en nuestras "Reuniones"; sin él ¿cuántas veces nos hubiéramos despeñado en los fáciles precipicios del pesimismo? Pero él era la voz de todo un pueblo que no quiere morir, el *slogan* de toda la cultura viva y permanente, el centinela de primera línea de toda una generación. Era como un barco místico que en las negruras de la noche nos señalaba el rumbo de un optimismo racional, optimismo que contando con la Providencia, es esencialmente cristiano. Gabriel de Armas fue siempre en nuestras "Reuniones" el último soldado en el tiempo, que agitaba su banderín en señal de perenne victoria, rubricando con su gesto el alborozo futuro —aquí y ahora o después según los planes de la Providencia, única Ley histórica que aceptamos, única constante que afirmamos— en señal de haber servido como buenos y leales soldados en las batallas de Dios.

Nada mejor para su memoria que traer aquí las palabras que después de la homilía, el sacerdote que ofició en la misa de "Corpore Insepulto" dijo: "Sus obras y sus escritos están ahí. Nos hablan de lo que él fue y de sus ilusiones. Nos hablan del Reinado de Cristo.

Por eso muchas veces fue incomprendido. Su obra participó del escándalo de la Cruz y nos alegra saber que esa participación del escándalo de la Cruz fue y creo que continúa siendo fuerza de salvación. El habrá oído de labios del mismo Cristo las palabras con las que terminé la breve homilía: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos». Porque padeciste por la justicia, por la verdad, por mi, ven a gozar en plenitud del Misterio del Reino, participa ahora del gozo de tu Señor”.

Su último escrito inacabado es el que precisamente debía leer aquí y hoy. Su título era “La intemperancia del Espíritu”. Se publicará tal como lo dejó en “Verbo”. Sólo quiero recoger las últimas palabras que en él escribió, de tanta actualidad hoy: “La intemperancia del Espíritu ha prostituido la palabra, el signo más inequívoco de nuestra sociabilidad. No es extraño, pues, que en vez de servir de aglutinante sea hoy factor de odios irreconciliables. El abuso indiscriminado de la palabra está convirtiendo al mundo en un campo irremediable de luchas fratricidas. El don de la palabra se nos otorgó para servir de vehículo expresivo de la verdad, y lo hemos convertido en el más potente catalizador de mentiras”.

Este es el último mensaje de Gabriel de Armas. Pero su muerte no nos ha separado porque los muertos —como vivirá Gabriel— viven siempre en los labios de las personas que los amaron. Porque la muerte, como en su caso, no es más que el retorno a la verdadera vida. Rilke pedía: “Señor da a cada uno su propia muerte”. Esta muerte propia y personal de Gabriel para quien San Juan de la Cruz previó en inmortales palabras, talladas en el aire de cristal de Castilla, con angelical participación: “Quien supiera morir a tono tendrá su vida en todo”.

* * *

Con la sesión de hoy, clausuramos la XIV Reunión de los amigos de la Ciudad Católica. No nos importa nuestra escasa —pero alta audiencia— en esta aborascada piel de toro de España porque sabemos que nuestra misión es la de sembrar por doquier las ideas de formación cívica y de acción cultural según el Derecho Natu-

ral y Cristiano. Seguramente nosotros no recogeremos los frutos de nuestra labor. Pero pese a ello seguimos en la misión silenciosa y humilde sin los ringorrangos de la fama y del triunfo. Queremos ser en este mundo desquiciado, con alegre optimismo, los heraldos de unas ideas de siempre, las únicas que pueden salvar la cultura cristiana y la civilización en crisis.

Porque nosotros *somos, existimos, afirmamos*, nuestra presencia sin esperar la posible gloria de todos los adelantados. Permaneceremos fieles en el combate que puede ser sin resultado positivo, pero no sin esperanzas. No buscamos la vanidad. La verdad es dura y a su lado estamos aunque las direcciones del pensamiento actual discurran por caminos diferentes a los nuestros que no son más que lo que proclama por boca de sus Pontífices el Derecho Público Cristiano. Nuestra tarea es, ante todo y sobre todo, la de la transmisión de un mensaje cultural religioso, político (en su más amplio sentido y dentro de la rosa de los vientos de las posibilidades) que como un legado de emoción y sentimientos entregamos a las nuevas generaciones, por encima del bache intelectual de estos días que se nos aparecen nimbados por los sangrientos ponientes de la historia.

Somos pocos y aunque escribimos para hoy, sabemos que estamos luchando por las generaciones que nos sucederán en el tiempo. Sembramos sin saber si alguien recogerá la cosecha de nuestras ideas y sentimientos, pero no podemos menos de hacerlo y sabemos que nuestro trabajo —oscuro, casi anónimo—, es esencial porque es un puente entre un pasado injertado en la mejor de las tradiciones válidas y un futuro que con fe y entusiasmo queremos conformar en la misma línea que un presente acuciante. Si nuestras soluciones se abren camino en el mundo de hoy que corre locamente hacia espejismos o proposiciones falsas y perversas, habremos logrado una hermosa victoria.

Sabemos que somos pocos pero las grandes corrientes intelectuales y de la acción son siempre obra de minorías saturadas de fe. Fe en nuestra tarea, fe en nuestros estudios, fe en nuestro pensamiento que hemos recogido del légamo vivo de una historia secular; en nuestra principal misión que debe mirar hacia delante,

hacia un horizonte de lejanías; fe que debemos entregar (lo repetimos y lo repetiremos machaconamente) como el relevo de nuestras aspiraciones a los que recojan nuestro testigo en el futuro, y fe que nos sirva para acometer con decisión y brío el desafío de nuestro tiempo. Porque la acción está aquí ahora, y ella nos espera para situarnos a cada uno en nuestra avanzadilla.

Y esto, aunque lo parezca, no es ser pesimista. El optimismo más confiado debe presidir siempre nuestra labor porque el optimismo es siempre radicalmente cristiano. Con optimismo hay que cerrar en defensa del derecho público cristiano y de la busca, hallazgo y puesta en marcha de ese misterioso orden querido por Dios para la Sociedad de ahora y siempre y que es el mismo que quiso para las civilizaciones que se desvanecieron en la niebla y para las que tienen que aparecer en la entraña del tiempo. Nuestra acción es doble: la lucha actual y la que sirva como acto de hermandad para nuestros herederos. Porque el hombre es, ante todo y sobre todo, heredero de milenios, de voluntades, de deseos y de esperanzas. Que veamos la realidad tal cual es y, por triste que sea, intentemos conformarla con nuestro entorno natural, hijo de la Iglesia infalible, que no perecerá por el paso de las edades. No hay que dejarse llevar por el pesimismo, pero tampoco de ese falso optimismo, sin raíces, sin profundidad ni alas, que quiere, como los judíos del Antiguo Testamento, exigir de sus profetas: "Profetiza ilusiones y no verdades".

Nuestra empresa está presidida por la unidad de una misma creencia y de un mismo sentimiento. Unidad que no significa uniformidad. La unidad es necesaria en lo esencial, pero la uniformidad es sólo accidental en todo lo que sea dudoso, porque no se puede exigir esta unidad esencial en cuestiones discutibles u opiniones apasionadas. No hay mayor peligro para una empresa del espíritu que querer imponer un criterio uniforme en aquello que no sea auténticamente necesario, porque todo dará lugar a factores de desunión y es la muerte de toda creación y de toda personalidad.

No hay que cesar en proclamar esto para no elevar a dogmáticas conclusiones las opiniones puramente personales. Ello nos obliga, en la misma manera, a huir del fanatismo y del irenismo (éste falsamente interpretado) que conducen a la formación de corpúscu-

los y grupos sin verdadera vida e inertes en la influencia de las ideas vivas y vitales.

Nuestro propio nombre de la "Ciudad Católica" nos exige una exacta conformidad con las doctrinas de la Iglesia y su concreta doctrina social. Nuestra ancla será siempre la Iglesia jerárquica, la roca de Pedro, la voz del Papa, las palabras de nuestros Obispos en comunión con el Magisterio ordinario ... Este es el único camino posible: Si lo abandonamos caeremos en la trampa mortal de todos los separados del árbol de la vida perenne que Jesucristo nos dió con la Santa Iglesia.

Fe, acción, preparación intelectual para las batallas del espíritu que ya se libran y para las futuras debe ser nuestro talante: porque no podemos formar nunca en un pelotón de soldados derrotados de antemano. No debemos caer en el examen de pequeños detalles, sino solamente en los grandes problemas, porque los primeros nos empujeñecen y los segundos nos ponen a la altura de la exacta medida y peso que debemos dar ante Dios y la Patria. Estamos al servicio de la Iglesia y España. Queremos un orden natural y cristiano, nos enfrentamos con la raíz de los errores actuales de los que habló Vallet que escinden la verdad, que convierten la verdad parcial en absoluta o relativizan la verdad esencial. Y con nuestro puesto sencillo, modesto, serviremos a la España eterna que late en el fondo de nuestros corazones, serviremos a la Iglesia como ella quiere ser servida y cumpliremos calladamente lo que Dios quiere de nosotros. Amigas y amigos de "La Ciudad Católica" por encima de todos los pesimismoes y de los dolores morales, de todas las oscuridades de la noche intelectual que vivimos, sepamos que a nuestro lado está la esperanza. A la vista, la esperanza, que es decir, otro vez, "Dios a la vista". ¡Y arriba los corazones!